

# EL COMBATE (Y LOS BUÑUELOS) DE EL SANTUARIO

Brown, Matthew. *El Santuario: historia global de una batalla*. Traducción de Patricia Torres Londoño. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2015.

Humberto Barrera Orrego



Monumento a Córdoba en Rionegro. Gabriel Carvajal. 1965. Archivo fotográfico BPP.

La Universidad Externado de Colombia editó en 2015 el libro *El Santuario: historia global de una batalla*, versión en castellano de *The Struggle for Power in Post-Independence Colombia and Ve-*

*nezuela*, publicado tres años antes por el doctor Matthew Brown, profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Bristol. Cambiar el título original por uno más atractivo es algo habitual entre los editores, a veces con resultados muy felices. Son justamente célebres, por ejemplo, los títulos de *Otra vuelta de tuerca*, *Opus nigrum* y *La lengua de los dioses*, por citar solo tres de los más afortunados.

En el caso presente, el título en castellano es, para nosotros, más llamativo que el original, dado que la acción de *El Santuario* no solo interesa a la historia de Colombia y Venezuela, sino también a la historia universal, por las consecuencias que tuvo aquel encuentro al dar al traste con la dictadura bolivariana. No obstante, el vocablo “batalla” del título implica ya un problema: en un artículo titulado

“Hoja de servicios del general de división don José María Córdova” (*Boletín de Historia y Antigüedades*, 748, 1985), la distinguida historiadora Pilar Moreno de Ángel, reconocida como la mejor biógrafa del general Córdova, dejó en claro que los dos únicos combates en que participó este fueron los de Chorros Blancos y El Santuario, librados ambos, coincidentalmente, en Antioquia. Todas las demás acciones del palmarés de Córdova fueron batallas. Sabido es que doña Pilar fue vicepresidente de la Academia Colombiana de Historia y directora de la Biblioteca Nacional y del Archivo General de la Nación, con prestigiosas investigaciones en su currículum. Por consiguiente, si calificó de combate la acción de El Santuario fue, a no dudarlo, por una buena razón.

En consecuencia, el título dado por el editor en castellano al libro del doctor Brown debería haber sido *El Santuario, historia global de un combate*. Las fuentes documentales de que disponemos indican que se enfrentaron setecientos hombres del Gobierno contra trescientos setenta y tres reclutas de Córdova. Si ambos bandos hubieran luchado en igualdad de condiciones (número de efectivos,

artillería, caballería, etc.), se trataría, entonces sí, de una batalla.

La edición castellana presenta varias anomalías que, por tratarse de una publicación universitaria, no deberían dejarse pasar. Por ejemplo, en la página legal, donde se registran los créditos y el ISBN, no figura el título original en inglés, y el crédito de la ilustración de la tapa delantera, que generalmente se incluye en la página citada, fue a dar a la tapa posterior. Asimismo, de manera excepcional (como ocurre con versiones de grandes autores como Jorge Luis Borges o Julio Cortázar), aparece el nombre de la traductora en la cubierta. Otra cosa que indisponde al lector es el papel de pésima calidad en que el libro fue impreso.

Con todo, a mi modo de ver, el yerro más grave del libro es no haber pasado por la criba de un buen corrector de textos. El resultado es una versión plagada de solecismos y expresiones sacadas de los peores doblajes de la televisión. Es intolerable que una publicación universitaria haya dejado pasar tales, y tantos, disparates idiomáticos. Por ejemplo, la traductora vierte sistemáticamente el vocablo inglés “pamphlet” por “panfleto”, cuando el contexto dice

a todas luces que se trata simplemente de “folleto”. Sería ocioso recalcar que la voz “panfleto” tiene una clara connotación negativa en castellano.

Entre otros errores igualmente molestos se cuentan: “en el evento” (traducción literal de in the event, que por cierto debe traducirse “en caso de”, aun cuando la gente de toga considere el colmo de la elegancia decir, venga o no a colación, “en el evento”), “eventos” en lugar de “hechos”, “sucesos”, “acontecimientos”; “tomar riesgos” (en castellano se dice “correr riesgos”, así como se corre peligro o se corre fortuna); “en lo absoluto” (versión mejicana de la locución adverbial “en absoluto”, consagrada esta última por el uso y la lógica idiomática). En algunos contextos, la palabra inglesa “far” puede significar “lejos”, pero hay casos en que forma parte de una locución que no tiene nada que ver. Por ejemplo, “so far” (que significa “hasta ahora”). La locución adverbial inglesa “by far” se traduce en España por “con mucho”, y entre nosotros debería traducirse por la locución adverbial “por mucho” o “con ventaja”. Pero la señora Torres la traduce, en forma por demás absurda, por “de lejos”.

Una expresión que, por cierto, ha hecho carrera entre los miembros de la élite capitalina. Desde luego, las lenguas cambian. Pero los presentadores de televisión abusan de adefesios innecesarios calcados del *espanGLISH* como “conteo”, “empoderar”, “retroalimentación”, “espero por ti en la esquina”, entre muchos otros, y los “elegantes” los repiten como loros. Antes comíamos frutas y verduras. Ahora nos invitan a consumir “frutas y vegetales”, como si las frutas fueran minerales. La imbecilidad desaforada. Cuando los intelectuales, que deberían cultivar el buen decir, se dejan llevar por el esnobismo, la sociedad deriva sin remedio hacia la banalización.

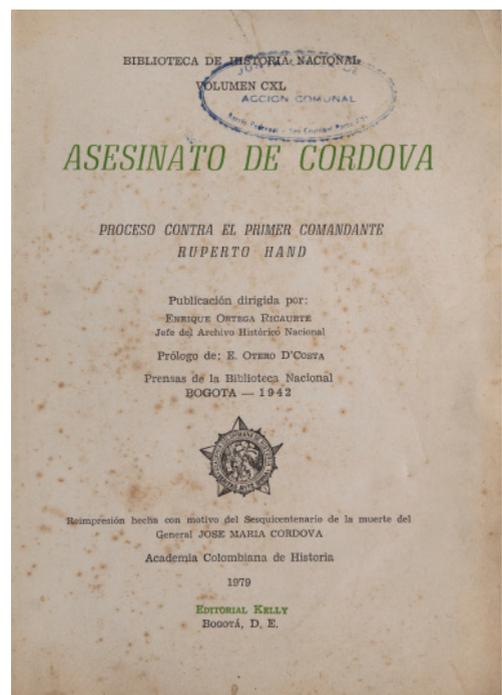
Pero entremos en materia. El libro *El Santuario, historia global de una batalla* es el resultado de una investigación monumental, que abarcó sendos viajes del profesor Matthew Brown a nuestro continente en 2007 y 2010, visitas a bibliotecas, archivos, museos y colecciones documentales de América y Europa, entrevistas con académicos, profesores de historia, curadores de museos y personas del común, y la consulta de un repertorio de fuentes bibliográficas francamente abrumador.

El resultado de todo aquel esfuerzo es una narración que se desliza con la fluidez de una buena novela: atrapa al lector y revela aspectos inéditos de un período de la historia de Colombia y Venezuela, cuyo estudio pocas veces se ha emprendido de manera conjunta.

El método biográfico que emplea el autor, a medio camino entre la macro y la microhistoria, muestra ser una herramienta eficaz para poner de manifiesto las corrientes oceánicas de una historia que se había abordado únicamente desde la perspectiva de los próceres y los magnates, dejando de lado el rol decisivo que desempeñaron figuras menores, equivalentes, valga el símil, a los peones del juego del ajedrez. Desde la perspectiva privilegiada (no ignoro que tal herramienta puede ser un arma de doble filo) que le otorga el ser ajeno a nuestra cultura, y por ende dotado de una mirada exenta de apasionamientos, el doctor Brown traza una panorámica que pone personas, acontecimientos y lugares en el sitio que les corresponde y resalta aspectos que habían permanecido en la penumbra debido a diversos intereses, ya fueran políticos, religiosos, económicos o de cualquier

otro matiz. Su libro hace pensar en los panoramas del maestro Yedegar Asisi: se trata, desde luego, de obras muy distintas, pero ambas logran que la Historia cobre nueva vida.

Quisiera señalar dos aspectos del libro que descuellan por su novedad. El primero es la descripción del combate de El Santuario, que aprovecha con ventaja los escasos documentos de que disponemos; el otro, el desvelamiento del presunto papel clandestino de los generales Córdova y O'Leary en las relaciones de Colombia con el Imperio Británico. Esta es solo una



*El asesinato de Córdova, edición con motivo del sesquicentenario de la muerte del General.*

parte mínima de las revelaciones que el libro aporta. También hay aspectos que no acaban de convencerme, como la tesis de que el amor del general Córdova por Fanny, la hija del cónsul inglés James Henderson, sería tan solo una pantalla para encubrir las supuestas actividades de espionaje de Córdova a favor de su suegro. Asimismo, es de lamentar que el autor no se ciñera lo suficiente a los hallazgos de Pilar Moreno de Ángel, no solamente en su biografía de José María Córdova, sino en la compilación de su correspondencia y documentos. El doctor Brown cita, aquí y allá, pasajes de la correspondencia del prócer en fuentes que ya habían sido recogidas por la historiadora, y omite otras que figuran en la biografía citada.

Lamento igualmente que el profesor acoja en sus páginas leyendas propaladas por historiadores mal informados, como el cuento chino de que el cadáver del general Córdova fue transportado desde

El Santuario por unos “humildes campesinos” que, en medio de un aguacero, lo dejaron tirado en una zanja de Marinilla, una versión que ha sido repetida hasta la náusea aun por historiadores de campa-

nillas, pese a que documentos de la época, como el proceso seguido a Rupert Hand (Careo al decimotercer testigo, excoronel Carlo Castelli) o una minuciosa carta de Hermenegildo Botero (“La revolución del general Córdova”, *Reperitorio Histórico*, junio de 1919) refieren cómo ocurrieron realmente los hechos. Estas y otras fuentes se desarrollan en mis libros *José María Córdova, entre la historia y la fábula* (2008) y *La leyenda negra de José María Córdova* (2013).

No es grato hacer las veces de abogado del diablo, pero sería aún más ingrato dejar pasar en nombre de un falso pudor algunas imprecisiones que se deslizaron en la narración del profesor Brown.

Las inexactitudes que me atrevo a señalar corresponden a datos que he investigado de la biografía de Córdova. Los que van más allá de la muerte e inhumación del general, como las trayectorias políticas de Anselmo Pineda, Thomas Murray y Daniel Florencio O’Leary, entre otros, exceden mis trabajos de investigación, salvo algún que otro dato suelto, como la fecha de la muerte de Thomas Murray, por ejemplo.

(Durante su primer viaje a Colombia el profesor Brown trató de

ponerse en contacto conmigo en la Biblioteca Pública Piloto, pero el destino no favoreció el encuentro. Con posterioridad le escribí varias veces a su dirección electrónica sin resultado, pues invariablemente recibía una respuesta automática.)

Figuran al principio del libro tres mapas que facilitan la orientación. Mapa 1, Antioquia (en realidad no es propiamente un mapa, más parece un árbol esquemático que conecta diez poblaciones del departamento); mapa 2, Nueva Granada y Venezuela; mapa 3, El mundo atlántico.

Dice en la página 13: “A las cinco de la tarde del 16 de octubre de 1829, los hombres de Córdova se encontraban desplegados de tal manera que pudieran arremeter contra la expedición gubernamental cuando esta saliera del paso de la montaña, cansada, empapada y muerta de frío, y derrotarla en los Páramos, una planicie al oeste de Guatapé, sin darle tiempo de reagruparse y aprovechar su ventaja numérica”. No obstante, Los Páramos no es una planicie sino una sierra de Guatapé (población que en aquel tiempo se llamaba La Ceja de Guatapé, para diferenciarla de La Ceja del Tambo, actual

municipio de La Ceja), y se llama en realidad el alto del Páramo.

Cerca de la cumbre, y en el camino que comunicaba el interior de la provincia de Antioquia con el puerto de Nare, José María Córdova mandó construir unas trincheras que serían defendidas por una partida al mando de su hermano Salvador.

Las trincheras todavía subsisten, pero cuando fui a visitarlas el 25 de enero de 2009 con un grupo de caminantes, una gruesa capa de humus y una vegetación espesa las protegían de la acción perniciosa de los elementos, y, sobre todo, de los turistas, en un país al que, en virtud de la supresión de la enseñanza de la historia en las instituciones de educación secundaria, nada le importan ni su patrimonio histórico ni las escasas reliquias que aún perduran de su pasado.

Página 14: “los soldados [de Córdova] se detuvieron en una fábrica de cerámica que ocupaba una colina a unos tres kilómetros de El Santuario”. La fábrica de loza, que proveyó de cerámicas a muchos monumentos del oriente antioqueño (entre ellos el obelisco de Marinilla conmemorativo del primer centenario del 20 de julio

de 1810, el pavimento de la iglesia parroquial del municipio de Concepción o los bustos de próceres que rodeaban la hermosa fuente del parque de El Santuario, destruidos hacia 2010 por orden de un troglodita), fue establecida en 1885 por Lisandro Zuluaga, nacido en la vecina población de Granada, y el cual, según un escrito inédito de don Demetrio Quintero Q., aprendió el oficio en una factoría de la ciudad de Mompós. La referencia no está en la carta de José María Arango, a quien cita el profesor Brown como fuente, pero la anécdota de que los hombres de Córdova pasaron la noche an-

terior al combate en la vereda El Salto, cerca del lugar donde años más tarde se levantaría la fábrica de loza, forma parte de la tradición oral del municipio de El Santuario.

Página 60: “Aun cuando su mentor [Serviez] fue asesinado en una batalla en los Llanos en 1816...”. Serviez no murió en batalla; fue asesinado tan alevosamente como Córdova en una cabaña cerca de la isla de Achaguas, en Venezuela, al parecer con la connivencia de Páez, el sábado 30 de noviembre de 1816. (Pilar Moreno de Ángel, *José María Córdova*, 1979, I, 82. En adelante PMA).

Página 61: “Salvador Córdova, nacido en Rionegro”. Como sus hermanos José María y Venancia, Salvador nació en el sitio de La Concepción. La hermana mayor, Gertrudis, que murió párvula, había venido al mundo en Barbosa. Vicente y Mercedes nacieron en San Vicente, y Mariana, en Rionegro. (PMA I, 21). En la misma página se afirma que “doña Pascuala Muñoz tuvo cinco hijos...”. Como acaba de verse, tuvo en realidad siete hijos.

Página 61, nota 26: Simona Duque no ofreció a “sus dos hijos”, sino a cinco de sus siete hijos varones: Manuel, Andrés, Francisco,



Córdova y Clío, la musa de la Historia.

Salvador y Antonio María (PMA I, 152).

Página 62: “[los Córdova] poseían una casona [...] a una cuadra de la plaza central [de Rionegro]”. La casona de los Córdova estaba situada justamente en el marco de la plaza, en predios que hoy ocupa el restaurante El Manantial (calle 50 No. 50-54). Hasta hace unos doce o catorce años había en la fachada una pequeña placa conmemorativa de metal, pero algún inescrupuloso la arrancó para fundirla.

Página 64, nota 36: “En la vieja casa de los Córdova en Rionegro, convertida ahora en archivo regional...”. El Archivo Histórico de Rionegro funciona en el Museo de la Convención, que ocupa la casona que fue sede de la Convención nacional de 1863. Pese a que el museo guarda algunos objetos que supuestamente pertenecieron a los Córdova (una sopera de loza con dibujos chinescos de color azul sobre fondo blanco, una alacena de madera con barrotes torneados), estos nunca habitaron dicha casona.

Página 78: “José María Córdova se sentía superior a los peruanos y los bolivianos...”. El reflejo simétrico de esta afirmación se halla en

la página 153 del libro, donde se registra una actitud mucho más despectiva de parte de Daniel Florencio O’Leary. “Su actitud negativa [de O’Leary] hacia la población negra en esta provincia [del Chocó] era compartida por la mayoría de sus contemporáneos blancos”. También hay una alusión que hoy nos parece ofensiva en “El Santuario” de José María Arango: “El otro [personaje] era un joven de muy hermosa presencia, pero que revelaba estar cruzado entre la raza india y la noble”. En buen romance: ser mestizo equivalía a ser innoble.

Página 78: “A pesar de que [la anécdota de la corona regalada por Bolívar a José María Córdova] probablemente se trata de una historia apócrifa...”. Varios documentos de la época refieren el acontecimiento; Pilar Moreno de Ángel le dedica el capítulo XVII de su biografía de Córdova. La corona, cada vez con menos brillantes, se conserva en el Museo de Arte Religioso de Rionegro. En *José María Córdova, entre la historia y la fábula*, transcribí la carta con la que Córdova remitió la corona a Rionegro, así como los discursos de recepción de su primo Francisco Antonio Obregón y del jefe mu-

nicipal de Rionegro, José María Montoya.

Página 95, nota 34: “[Mariano] Ospina se unió a la insurrección de José María Córdova y trabajó como su secretario político” (véase también la página 172). En aquel tiempo, la expresión “gobernador político” significaba “gobernador civil”, en contraposición al comandante militar de una provincia. Como no existía el cargo de “secretario militar”, no se entiende qué significa dicha expresión.

Página 95, nota 34: “[Mariano] Ospina no se encontraba presente en la batalla de El Santuario y lo más probable es que se haya quedado en Rionegro”. Luego de su participación en la Noche septembrina, Ospina viajó furtivamente a la provincia de Antioquia y permaneció oculto algunos días en Marinilla, en casa de Pablo Pineda, hermano del célebre Anselmo, situada en el marco de la plaza, al lado de la casona del presbítero y doctor Jorge Ramón de Posada. Después pasó a Rionegro y Llanogrande y más tarde a Medellín, donde se ocultó en casa de Víctor Gómez, cerca de la puerta falsa de La Candelaria. Cuando las fiebres tercianas se lo permitían, pasaba al caer la noche a la casa de Cór-

dova en la calle de la Alameda y redactaba cartas y proclamas en nombre del general. (Estanislao Gómez Barrientos. *Don Mariano Ospina y su época*, 1913, I, 37 y 43; Humberto Barrera Orrego, *La leyenda negra de José María Córdova*, 131-132).

Pese a las cartas del Ministerio de Cultura y de varios particulares, entre cuyo número me cuento, el Concejo Municipal de Marinilla ha dejado caer en ruinas la histórica casona del padre Posada. Idéntico crimen se cometió en El Santuario con la casita donde fue asesinado el general Córdova, a la que a principios del siglo XX le agregaron una segunda planta para demolerla después por completo por allá en la década de 1960. En años recientes se procuró enmendar el yerro construyendo una parodia al peor estilo Disneyland.

Página 112: “El 7 de septiembre de 1829, José María Córdova llegó a Rionegro”. En realidad, el general llegó a Rionegro en la fecha de su trigésimo cumpleaños, la noche del martes 8 de septiembre, y concurreció al baile de bodas de Jorge Gutiérrez de Lara con Estanislao Sáenz, hija del comerciante Pedro Sáenz. (PMA II, 575).

Página 118: José Manuel Montoya no era hijo de Francisco Mon-



*Reproducción de una famosa litografía de Córdoba, hecha por la fotografía Rodríguez en 1898. Archivo fotográfico BPP.*

toya, como se afirma también en la página 192. Ambos eran hijos de José María Montoya (primer gobernador del Estado libre de Antioquia entre julio y octubre de 1811).

Página 126: “Esa noche [del 16 de octubre de 1829] se deleitaron [los hombres de O’Leary] con sus abundantes raciones”. Véase la página 17: “las tropas de O’Leary se derrumbaron ‘muertas de hambre y casi sin ropa’ en Vahos, el 16 de octubre”. Cuenta Carmelo Fernández en sus Memorias: “a medida que nos acercábamos a Córdoba íbamos hallando casas y poblaciones sin gente, como en

Los Vahos, donde hubo que inspirar confianza a los moradores de aquel pueblo. Varios oficiales entramos a una casa en busca de algo que comer (hacía dos días que no comíamos) o beber: uno de los soldados nos trajo una olla de guisado de apio (arracacha) que halló en la cocina; y en pocos minutos devoramos todo su contenido.”

Página 138: dice el autor que Benedicto González agonizaba “a causa de una herida que recibió en la batalla y posiblemente murió antes de que Hand entrara a la habitación”. Entre los testigos presenciales citados en el proceso contra Rupert Hand, el único en manifestar que Benedicto González estuvo presente en la casa hospital fue el sargento Nepomuceno Isaza, pero su declaración es sospechosa: dijo también que un centinela le hizo un disparo a Córdoba después de los sablazos de Hand y le dio en un costado, cuando varios testigos depusieron que el general entró a la casa ya herido en un hombro. En la página 152 dice Brown que González había “muerto al comenzar la batalla”.

Páginas 144-145: citando el relato “El Santuario” de José María Arango, dice el autor que las fuer-

zas del Gobierno sufrieron trece bajas y veintiséis soldados heridos, y que de un total de 370 hombres del Ejército de la Libertad, 200 perdieron la vida. El informe oficial, firmado por Thomas Murray en Rionegro el 19 de octubre de 1829, proporciona las siguientes cifras: de la división del Gobierno, muertos un oficial y siete soldados; heridos, quince individuos de tropa.

De la división de Antioquia, muertos un jefe (Córdova), dos oficiales y 145 individuos de tropa; heridos: tres oficiales y treinta y cinco soldados. (PMA II, 654).

Debo anotar que confío, con varias salvedades, en el relato de José María Arango como testigo ocular hasta el momento en que abandona el campo en compañía de Juan José Niño, el asistente del general Córdova. En adelante, lo que refiere se basa en consejas que he desmantelado, a partir de documentos de la época, en mis libros citados arriba. Sirva de botón de muestra mi narración sobre lo que en verdad pasó con el cadáver del general.

Página 146: destino del cadáver de Córdova. Su cuerpo no fue trasladado a Marinilla por “unos humildes campesinos” sino por la segunda compañía de Flanquea-

dores de la columna de O’Leary.

Este, alegando razones humanitarias, impidió la traslación del cadáver a Rionegro; según Laureano García Ortiz, para evitar “la delirante apoteosis con que Rionegro habría consagrado los despojos de su hijo máximo”. Bolívar conocía muy bien a su edecán irlandés: en el *Diario de Bucaramanga* lo tildó de “áspid escondido entre las flores”. El cadáver del general Córdova fue conducido a la casa del padre Jorge Ramón de Posada, donde fue lavado y asistido, de acuerdo con el careo del excoronel Carlo Castelli, en presencia del sacerdote mencionado y el doctor Antonio Mendoza, médico del Ejército de la Libertad, entre otros personajes. (*Asesinato de Córdova*, 1979, 178; *La leyenda negra de José María Córdova*, 148-149).

Página 152: María Antonia González no era la viuda de Benedicto González, sino la madre de Juan de Dios Aranzazu. Una página de genealogías de Internet, [www.geni.com](http://www.geni.com), dice que la mujer de Benedicto González se llamaba Rita Bermúdez. Si bien en la página aparece citado el nombre original de Benedicto González (José Benito Gabriel González Zapata), hay un error en el año de su naci-

miento: dice 1789, pero la partida de bautismo dice que fue en 1798 (libro 7, folio 116v.). Es posible que en la fecha haya un error de digitación y que la información restante de la página sea fidedigna.

Página 169: “El nuevo obispo de Antioquia, Juan de la Cruz Gómez Plata, le escribió [a Salvador Córdova] el 12 de octubre de 1830”. Esto es muy improbable, porque el antecesor de Gómez Plata, el obispo Mariano Garnica, murió el 16 de agosto de 1832. Tal vez se trate de otro error de digitación.

Página 192, nota 29: la espada de Hand. “Según Ramírez Gómez, Diego Villegas Villegas adquirió la espada de Hand en un viaje escolar a Marinilla y el Santuario en 1943. Se dice que la espada tenía grabadas las palabras “London” en un lado y “Meredith” en el otro.

Se desconoce el paradero actual de la espada”. Tuve ocasión de conocer el arma en referencia en el Museo de la Convención de Rionegro, hace ya varios años. Era un sable pistola (es decir, con una pistolita adosada a la empuñadura), de hoja larga y angosta, y no estaba partido en dos, pormenor que consta en la carta que José Manuel Montoya le envió desde Cartagena a Salvador Córdova el

8 de septiembre de 1831 con los pedazos del sable de Hand (Rafael Gómez Hoyos, *La vida heroica del general Córdova*, 247). Puedo afirmar categóricamente que el sable que desapareció del Museo de la Convención no era, ni por asomo, la espada de Hand.

Página 264: Dice que la esposa de Carmelo Fernández se llamaba Luisa Páez, pero en realidad era hermana de José Antonio Páez y madre de Fernández.

Página 295: el profesor Brown cita a Miguel Aguilera al decir que Thomas Murray “falleció en Bogotá el 8 de diciembre de 1853”. Pero en una nota titulada “Necrología” (sic), firmada por Aníbal Galindo en el semanario *Neo-Granadino*, No. 247 (22 de abril de 1853), se informa que Murray murió el 12 de febrero de 1853, es decir, diez meses antes de la fecha dada por Aguilera. Debo señalar que las tesis del señor Aguilera se me antojan sumamente sesgadas.

Página 309: “Como dato curioso, la asamblea [de 1863] se reunió y firmó la Constitución en la antigua casa de Salvador Córdova” (la cita se apoya en el libro *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*, de Frank Safford y Marco Palacios). Como lo señala una pla-



Casa de Córdoba, en Santuario. Fotografía anónima. Archivo fotográfico BPP.

ca de mármol (si es que aún no la han arrancado), la casa de Salvador Córdoba quedaba en realidad en el cruce de la carrera 51 con la calle 51, formando esquina, a una cuadra del parque principal de Rionegro. Se trata de la casa natal del escritor Baldomero Sanín Cano.

Valdría la pena hacer hincapié en otros aspectos de la época. Por ejemplo, la conducta indecorosa de Manuela Sáenz en una capital mojigata como lo era entonces Bogotá, sin duda contribuyó a deteriorar la imagen del régimen bolivariano. Los bolivaristas de todas las pelambres no perdonan la demolición que J. B. Boussingault

hizo de la imagen sacrosanta de “la libertadora del Libertador”. No hace falta agregar que la figura de la señora Sáenz fue endiosada juntamente con la de Simón Bolívar.

El profesor Brown parece suscribir la tesis de John Lynch de que, al declararse dictador, Bolívar buscaba un gobierno central fuerte. A mi entender sería mucho más provechoso leer *Estudios sobre la vida de Bolívar*, de Rafael Sañudo, que se apuntala en una rigurosa documentación y no se anda con pelos en la lengua. No hay que desestimar las medidas que tomó Bolívar después del atentado de la Noche septembrina contra las

sociedades secretas y la reforma educativa que emprendió en retaliación y que sumió al país en un oscurantismo pavoroso. Al parecer, Bolívar detestaba a Estados Unidos no solamente por su sistema de gobierno federalista, sino porque, de acuerdo con alguna carta de Van Rensselaer, secretario de la legación norteamericana en Bogotá, el Gobierno de aquel país había expresado abiertamente su rechazo a la aspiración de Bolívar de declararse monarca de los Andes.

Otro aspecto digno de explorar y que el doctor Brown apenas señala de paso es la poderosa influencia de la Masonería. Según Américo Carnicelli (*La Masonería en la independencia de América*), el obispo de la provincia de Antioquia, Mariano Garnica y Dorjuela, y su secretario, el padre Antonio María Gutiérrez, eran masones, como muchos otros próceres y clérigos de la independencia. Examinar la rebelión de José María Córdova a la luz del juramento masónico de lealtad (Bolívar era masón del grado 33°, el grado más alto) contribuiría sin duda a dilucidar varias circunstancias del combate de El Santuario y de nuestra historia.

Por ejemplo, ¿por qué en Rione-

gro se sabía “que el 17 [de octubre] el general Córdova debía ser o atacado o cortado militarmente, pues era el día designado para llegar muy temprano la columna de operaciones al Santuario”? (Eduardo Posada, *Biografía de Córdova*, doc. 244)

Pocos días antes del citado combate, Hand curó a O’Leary de una disentería. (Jo Ann Rayfield. “O’Leary y Córdova: un resumen historiográfico y nuevos documentos.”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 663-665, 1970). Sin duda alguna, esta circunstancia debe haber estrechado lazos de amistad entre ambos irlandeses, si es que tales lazos no existían ya por tratarse de paisanos en tierra extraña.

Conviene asimismo señalar el favoritismo de Bolívar por sus paisanos venezolanos. José Manuel Restrepo dice en su *Diario político y militar* (anotación del 15 de agosto de 1827) que, según una proclama de Bolívar fechada el 4 de julio anterior, “todas las acciones de su vida han sido dirigidas por la libertad y **gloria de Venezuela, de Caracas**, y que ha servido a Colombia y a la América porque la suerte de Caracas estaba ligada a la suerte del hemisferio de Colón”



*Reproducción del retrato de Córdova al carboncillo hecho por el dibujante José María Espinosa.*

(las negrillas son del original). Y el 15 de diciembre de 1829 anota: "Allá [en Caracas] quieren tener su gobierno independiente y acá ven con celos a los venezolanos colocados en los primeros destinos de mando y honor; observan que en Venezuela no hay empleado un granadino. Simón Burgos, tesoro de La Guaira, único que había, fue despedido por Páez, sin expresar más motivo sino el de que no era de su confianza".

Recordemos igualmente que la respuesta de Bolívar en diciembre de 1826 a la insurrección del general Páez, que dio principio al desmantelamiento de la Repúbli-

ca de Colombia, fue darle un abrazo en público al rebelde mientras lo llamaba "salvador de la Patria" y le entregaba el mítico sable de oro y pedrería que le había obsequiado el Gobierno peruano para agradecerle el triunfo de Ayacucho. Cuando, a mediados de 1829, corrieron rumores de que el general Córdova conspiraba, la respuesta de Bolívar fue darle orden por escrito al coronel venezolano Florencio Jiménez de que "hiciera uso de su espada llegado un caso desesperado". La orden fue cumplida cuatro meses después en el campo de El Santuario por dos extranjeros afectos al régimen, O'Leary y Rupert Hand. A los ojos de Bolívar, el peor delito de Córdova fue el de no haber nacido venezolano.

En resumidas cuentas, *El Santuario, historia global de una batalla*, es una obra de gran envergadura, digna de encomio y de una mayor divulgación. Valdría la pena que, una vez hechas las enmiendas históricas y lingüísticas a que hubiere lugar, el Banco de la República nos deparara una nueva edición de libro tan meritorio, porque se trata de una obra de consulta obligada para todo aquel que desee profundizar en las fuerzas ocultas que movieron sus hilos

en la sombra y determinaron una red de relaciones que, luego del combate de El Santuario, marcaría para bien o para mal la historia de dos naciones hermanas y de varios imperios a ambos lados del Atlántico.

Es paradójico, por no decir bochornoso, que mientras historiadores de la plazoleta del Chorro de Quevedo ignoran deliberadamente la vida y ejecutorias del general José María Córdova, en latitudes muy distantes haya profesores que continúan estudiando y descubriendo facetas desconocidas en acontecimientos y personajes de la historia de Colombia. En 1983, con el argumento baladí de que el estudio de la Historia patria en los colegios de segunda enseñanza se prestaba para hacer la apología del marxismo, la presión de organismos internacionales logró que el gobierno del Presidente Belisario Betancur suprimiera su enseñanza e instaurara en el país la peste del olvido de nuestras raíces y de nuestro lugar en el mundo. Pese al clamor popular y a las buenas intenciones de un grupúsculo de personas inquietas, el alzhéimer suicida subsiste, con la aquiescencia del Ministerio de Educación Nacional. Menos mal

que los superhéroes de Marvel están ahí para llenar el vacío.

Digamos de paso que, con fina ironía británica, el profesor Brown menciona los buñuelos de El Santuario, que se conservan frescos durante varios días y gozan de merecida fama. Como las ricas gelatinas llamadas villanas, de textura no fofa sino al dente, que ya no se elaboran más en aquel municipio porque la Secretaría de Salud, invocando motivos de higiene, prohibió sacar del matadero las patas de las reses, su materia prima. Otro patrimonio local que desaparece. En La Concha, hasta no hace mucho, todavía las fabricaban.

